



Es la primera vez en la historia que los ciudadanos socialistas se presentan como súbditos ante el Rey de España.

sión y de una designación personal de Franco, a pesar de que toda su formación pública, política y cultural se hizo visiblemente bajo el padrinazgo de Franco, se inclinó desde el primer momento en favor de la soberanía popular, dentro de un marco general, nacional e internacional, de la restauración de la democracia. Argumento indiscutible en sí, pero relativamente tranquilizador cuando se piensa en que no se trata tanto de la aceptación de una persona como de una línea de sucesión de personajes desconocidos, no nacidos aún. Para aceptar cómodamente la serie de posibilidades positivas o negativas que puede proporcionar esta línea hay que tener una gran confianza en las leyes genéticas, o un desdén por el futuro, o una situación de perentoriedad que haga olvidarlo todo. Probablemente este factor ha sido muy importante. Puede haber pesado también la larga campaña de descrédito de la segunda república española, y aún de la primera, en las cuales sucedieron acontecimientos dolorosos. Argumentos inconsistentes cuando se piensa en la sucesión de acontecimientos dolorosos sucedidos durante siglos de Monarquía, que constituyen el grueso de la Historia de España.

HUBO años atrás algunos débiles intentos de que el dilema Monarquía-República se pusiera a debate y se sometiera a referéndum. No prendieron nunca. Fueron los partidos de izquierda, los partidos demócratas, quienes desecharon esta posibilidad. Su argumentación —discreta— se basaba en que la derecha se conformaba a la Corona por razones ancestrales, sentimentales e ideológicas, aun cuando esa Corona se opusiera a sus pretensiones; el referéndum hubiera debilitado la fuerza misma de la Corona, que pretendían —y pretenden— aprovechar en favor de la democracia. Parecía que la Monarquía era el único punto de acuerdo general de todos los sectores políticos y que el debate sobre la forma del Estado podría romper el equilibrio, con todas las consecuencias. Por otra parte, se hubiera puesto al elector ante un dilema terrible, cuando se le planteara la cuestión Monarquía = estabilidad, frente a República = guerra civil. Se desechó en razón de la urgencia de la situación.

ASI nos encontramos ante uno de los problemas que definen la generalidad de la estupefacción y del retorcimiento de conciencia del español contemporáneo: estamos viviendo al día. Este vivir al día plantea unas contradicciones graves entre unas consistencias ideológicas y unas obligaciones urgentes, entre un sentido de futuro y una necesidad de irse salvando. Los políticos, en España y fuera de ella, están preparados para esta clase de contradicciones: son su vida misma. Los ciudadanos no lo están todavía. Esperemos que no lo estén nunca y que luchen dentro de sus partidos y de sus organizaciones por evitar esa necesidad que un día —cuando la confusión mandaba en su país— Sartre definió como la política de las manos sucias.

DIRECCION DE ESCENA

VRIENDO la versión de director de escena que Fernando Fernán-Gómez ha hecho de un clásico español —Rojas Zorrilla—, pensaba en la necesidad de que la política nacional tuviera un director de escena: a condición de que fuera Fernán-Gómez. Es decir, de alguien que supiera mover a gusto y con un cierto cinismo a pícaros, ganapanes, liantes, pesados, emredadores, señoritos y servidores de forma que, por lo menos, todo resultase divertido. En realidad, la política es una puesta en escena, sobre todo desde que apareció el concepto de propaganda, cuya paternidad se disputan dos grandes personajes históricos, Hitler y Stalin, que en realidad dirigieron una picaresca sangrienta y amarga; sobre todo, desde la aparición de la televisión, que ha subvertido enteramente unos términos y unos valores. El origen sería que la televisión recogiese los grandes gestos reales de la política y de la vida; el final ha sido que la política y la vida pública se elaboran para la televisión. Gestos, viajes, discursos se componen previamente para ser televisados. No se comprende todavía que la televisión se siga llamando "medio" cuando en realidad es un fin.

La dirección de escena de la política nacional es la dirección de Televisión. Ahora que todo va a cambiar —después de la aprobación del nuevo estatuto por el Consejo de Ministros—, sería interesante que se nombrase a Fernán-Gómez director del organismo. Ya se ha visto que los señores Arias Salgado o Anson no pueden darle todos sus valores: son ellos mismos personajes de la tragicomedia nacional, no tienen la mirada brillante del director de escena ante su propio espectáculo. Fernando acentuaría el arnicismo de Carrillo, el acento de calle de Serrano de Camuñas y de Oreja, el sevillanismo de Felipe. Los convertiría en personajes característicos. Haría más presidente del Gobierno a Suárez, sacaría un gran partido de sus tics, cuidaría su vestuario. Movería mejor al personal del Congreso. Con Rojas Zorrilla ha roto el verso, sin dejar caer los conceptos; con nuestros hombres públicos podría romper el énfasis, o acentuarlo hasta la caricatura cuando conviniera. La escena nacional sería, por lo menos, divertida, y todo el juego de vodevil, de puertas que se abren y se cierran, de gentes escondidas tras armarios y tapices, o de teléfonos que se escuchan. Encontraría un figurinista que cambiase uniformes y sotanas, un escenógrafo que cambiara la ritual solemnidad de salones, despachos y hemiciclos por algo más "naïf".

Todo sería igual, pero sería más divertido. Es una pena que la España oficial no esté preparada para eso. La España real sí lo está y trata cada espectador de ser su propio Fernán-Gómez y sacarle todo el partido de humor y comicidad a lo que le hacen ver. Es de temer que Fernando Fernán-Gómez se quede en su ámbito, el del teatro, y que este otro teatro no termine de encontrar el adaptador y director que necesita, un hombre capaz de convertir en una farsa lo que ya es una farsa, pero no se sabe; en comedia del arte con pierrots y arlequines lo que pretende tener un valor shakespeariano o, por lo menos, calderoniano. De otra forma, esto no va a acabar de prender nunca. Se dijo que España era un país de espectadores, y se dijo peyorativamente; está incluso dejando de serlo. Apenas ya hay espectadores, como apenas hay lectores. El español no va a volver a ser espectador mientras no le cambien el espectáculo, mientras el género no advierta que ha perdido ya su atractivo. ■

POZUELO